

notan las señales de la misteriosa vida animal en los bosques y soledades.

El valor de aquellos indígenas está á la altura de su maravilloso instinto de cazadores. Rara vez emplean como arma el fusil, y sí el lazo sólido, fabricado con piel de ciervo ó de búfalo, que lanzan entre los pies del elefante, enredándole y aprisionándole.

Verdadero enigma es cómo los *panikis* pueden acercarse hasta un elefante, por naturaleza tan desconfiado, sin ser vistos.

Mientras un indígena enreda por un extremo del lazo las patas del elefante, otro ata el extremo opuesto á un robusto y vigoroso árbol.

El elefante salvaje, cautivo se trueca en furioso; y desgraciado del que entonces se acercara. El indígena emplea el fuego y el humo para amedrentarle; le priva del sustento y bebida; no le da sosiego y agóia todos los recursos. Tras tanta dureza, varía de táctica, y le colma de halagos; y de esta suerte el indio se hace dueño por completo del elefante, convertido en mansísimo cordero para su dueño.

Tennen describe cazas de elefantes, á que ha asistido y que ofrecen interés.

«En un sitio delicioso de la floresta,—dice el narrador,—hallamos chozas aéreas y ligeras, levantadas como por encantamiento, vecinas á un corral. Las chozas, formadas por cuatro estacas y ramaje, y cubiertas de hierbas y hojas de palmera, tenían todo cuanto podíamos apetecer: comedor, cocina, cuadras. Los indígenas habían construido nuestras moradas en pocos días.

Para realizar semejantes cazas de elefantes, se necesita una multitud de gente: unos armados, otros con instrumentos, como picos, cuerdas; y otros con flautas y tambores.

Se escoge para la caza la época del año en que los campos sembrados de arroz pueden sufrir menos destrozos. El pueblo muestra grande afición á la caza, no sólo por los goces que le proporciona, si que también porque disminuye el número de elefantes salvajes que destruyen las cosechas. Los sacerdotes alientan su persecución, porque aquellos elefantes devoran las hojas de los árboles sagrados.

Los magnates adoran la caza del elefante, porque les proporciona ocasión de lucir su séquito, de deslumbrar con su riqueza y aparato.

Verdaderos ejércitos de elefantes amaestrados, montados por sus *cornacs* y dueños, salen de las ciudades y villas indias para la caza; numerosos *pietones*, indígenas que hallan ganancia, bien que mezquina, en abrir caminos, y servir de ojeadores, siguen la comitiva.

El terreno de caza que se escoge es un sitio próximo á uno de los caminos frecuentados por los elefantes. Forzoso es que haya un río ó corriente de agua á donde acudan á beber ó bañarse los paquidermos.

Pues bien: allí se forma el corral, ó sea el espacio cercado, que suele medir unos 150 metros de largo y 75 de ancho.

¡Qué vida, qué movimiento se nota en el campo cuando se hacen los preparativos para la partida de caza! Mientras unos indígenas levantan las chozas, otros, en gran número, abren agujeros en el suelo, plantan estacas sin cuento, rodean el corral de una espesa, alta y fuerte empalizada, bien disimulada por los arbustos y lianas que brotan por doquier.

En el interior todo queda casi intacto, dejando en pie los árboles y arbustos, sobretudo por el lado de la entrada del corral.

La empalizada ha de estar construída de suerte que un hombre pueda fácilmente penetrar dentro del corral.

Una abertura que puede cerrarse da acceso al lugar cercado.

Cuando la empalizada está terminada, comienza entonces la misión de los ojeadores. Millares de hombres se extienden formando un semicírculo de muchas leguas, á fin de envolver á un número considerable de elefantes.

La marcha de los ojeadores ha de ser paciente y llena de prudencia, á fin de ir lanzando las pjaras de elefantes hacia el corral.

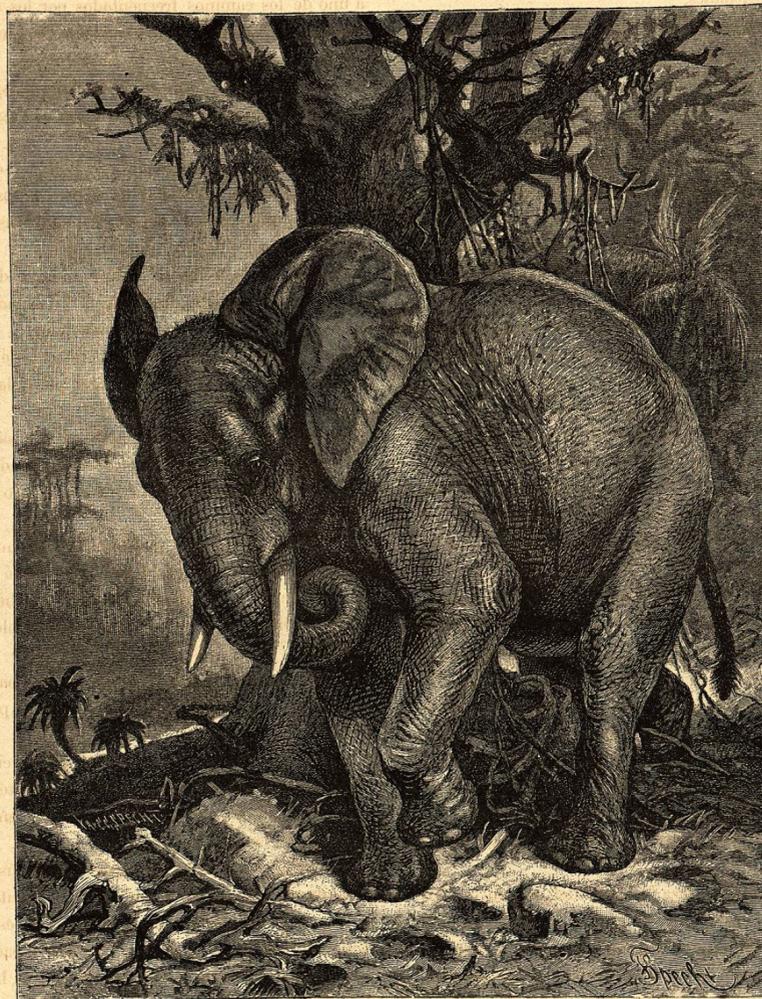
En la expedición á que yo asistí, había cinco mil ojeadores. Los indígenas emplean en último término el fuego y el humo para formar barreras y empujar á los elefantes hacia la empalizada.

Los ojeadores forman un ejército con sus jefes y subalternos, que vigilan todos los movimientos; pues la torpeza y el descuido de pocos pueden esterilizar fácilmente los esfuerzos de los más. Los ojeadores se van replegando, como dos brazos inmensos, hasta rodear el corral.

Todos estos preparativos,—añade Tennen,—necesitaron unos dos meses. Apostada la comitiva es una especie de estrado, desde el cual se veía perfectamente la puerta de entrada, esperábamos con vivo interés el encierro de los elefantes salvajes, forzados por los ojeadores.

Á nuestro alrededor había agrupados varios elefantes proporcionados por varios templos y príncipes para ayudar á la caza de los paquidermos salvajes.

Las noticias que teníamos por los partes comunicados por el jefe de los ojeadores, era que tres pjaras



Elefante de Africa

distintas de elefantes estaban envueltas y cercadas, y vagaban por entre los junglares á corta distancia. Según los cálculos, eran el total unos 130 á 150 elefantes.

Había prohibición absoluta de hablar en voz alta y de hacer el menor ruido.

De repente el silencio de los bosques fué interrumpido por el grito de los centinelas, el redoble de los tambores y el estruendo de los disparos.

Eran los ojeadores, que obligaban á los elefantes á huir en dirección á la empalizada ó corral.

Un instante después, el crujido de las ramas, y el movimiento de los arbustos, señaló la próxima irrupción de los elefantes. El guía de una de las pjaras salió de los junglares, y llegó hasta unos 20 metros de la abertura del corral, seguido de unos 50 elefantes.

Un esfuerzo más por parte de los ojeadores, y ya

iban á penetrar en el corral, cuando de repente vimos volver grupas á los elefantes, y penetrar de nuevo en los junglares.

El jefe de los ojeadores se acercó para explicarnos que un jabalí, con grande estrépito, había pasado por delante del elefante guía; y excitados y ciegos por la carrera, habían medrosamente vuelto grupas. Siguiendo sus consejos, debíamos aguardar la noche.

Al ponerse el Sol, el espectáculo fué interesante. Los fuegos lucieron con toda viveza, alumbráronse millares de antorchas, comenzó el ruido y estrépito de los tambores y gritos de los indígenas, y los ojeadores continuaron estrechando en sus mallas de fuego y humo á los elefantes, que al fin aparecieron y penetraron en el corral.

Entonces ocurrió un espectáculo fantástico, extraño: todos los ojeadores y cazadores, con antorchas en la mano, penetraron en la empalizada.

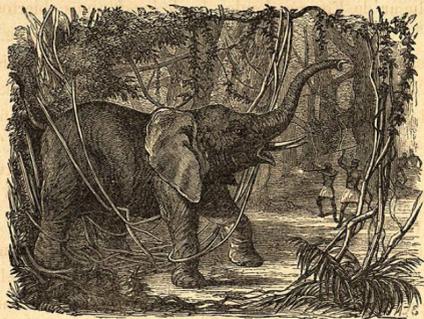
Los elefantes, aprisionados, corrieron velozmente, procurando romper la empalizada; pero, envueltos por doquier por el fuego y por el humo de grandes hogueras y el resplandor de las antorchas, al fin jadeantes y rendidos, se agruparon en el centro, llenos de terror, temblorosos y arrimados unos á otros.

Entonces se avivaron las fogatas para que lucieran hasta la aparición del Sol.

Los ojeadores habían levantado tres pjaras de elefantes; sólo una había penetrado en el corral, y las otras dos permanecían aún ocultas entre los junglares.

Se tomaron todas las medidas convenientes para que aquellas dos pjaras no se escaparan. Por lo que atañe á los cazadores, nos retiramos á nuestras rústicas viviendas para descansar el resto de la noche.

Vimos turbado varias veces el sueño por los gritos lanzados en el bosque por los ojeadores para impedir que se escapasen los elefantes.



Quando vino el día nos apresuramos á visitar el corral. Los elefantes, rodeados por centenares de indígenas armados de palos y picas, permanecían inmóviles de estupor y miedo.

Entonces se hicieron penetrar dentro del corral, á dos elefantes domésticos, para apoderarse, por medio del lazo, de los paquidermos. Montaban á los elefantes inteligentes *cornacs*, diestros en la caza. Uno de los paquidermos, apellidado *Siribeddi*, tenía cerca de 50 años, y era, por su inteligencia, un verdadero sereno para aprisionar á sus compañeros de raza.

Curioso fué ver como los dos elefantes entretenían á los paquidermos salvajes, mientras los *cornacs* se deslizaban hacia el suelo, y con maravillosa maestría sujetaban con el lazo á los elefantes por los pies.

Peligrosos son estos momentos; y, en la caza á que yo asistí, dos *cornacs* salieron heridos.

Al fin, y no sin trabajo y mucho tiempo, fueron aprisionados y rendidos los elefantes, y por el temor, el castigo y los halagos, domados y señoreados después del todo.

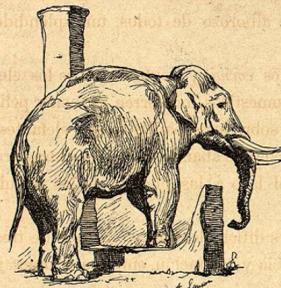
Las otras dos pjaras fueron también cogidas; realizándose, con gran alborozo de todos, un espléndido botín.

La raro es que los *cornacs*, montados sobre los elefantes cautivos ó domésticos, no corren el menor peligro mientras están sobre las espaldas de sus elefantes: el peligro empieza cuando abandonan su montura para atar sólidamente el lazo á las piernas de los paquidermos.

El elefante no es difícil de domar. Al cabo de tres días, calmada la rabia y excitación, empieza á comer, y entonces se le da por compañero á un elefante domesticado, que acaba de dar cima á la obra de la civilización del monstruo de las selvas.

CAPITULO XIII

LA CAZA DE BISONTES Y BÚFALOS



os que hayan saboreado las interesantes narraciones de escenas que pasan en los países poblados por *pieles rojas*, al leer que en este capítulo se va á hablar de la caza de los bisontes trasladarán, sin duda, su imaginación á las feraces regiones de la América del Norte. Pero la sinceridad de cronistas venatorios nos obliga ante todo á fijar nuestra atención en el único lugar de Europa donde hoy se hallan los bisontes.

La provincia de Grodno, en la Lithuania rusa, á pesar de medir 1,750 leguas cuadradas, cuenta sólo medio millón de habitantes. El viajero halla allí inmensas llanuras desprovistas de interés y de poesía; pero en cambio encuentra en el centro de aquellas planicies una verdadera joya, celebrada y conocida por todos los sabios naturalistas. Nos referimos á la selva de *Bialowicza* ó *Bialowics*, verdadero bosque virgen del norte, que tiene unas 12 leguas de largo y 10 de ancho. Aquella selva se halla allí á guisa de encantadora isla de verdura, rodeada de campos, aldeas y landas desnudas de vegetación. En el interior de la selva sólo se

encuentran algunas chozas de leñadores, y casi á la mitad se halla el villorrio *Bialowicza*, compuesto de algunas miserables cabañas y de un pabellón de caza, construido un día por orden del Elector de Sajonia, y habitado hoy por los guardas forestales del Emperador de Rusia encargados de la conservación de la caza.

En este bosque el hombre apenas ha impreso su huella. Las cuatro quintas partes de él se hallan cubiertas de espinos y árboles caídos ó retorcidos por el viento ó la tempestad: robustas encinas, tilos y sauces, forman barreras y pasos infranqueables; de suerte que, fuera de los caminos abiertos para la caza, es casi imposible penetrar en el bosque.

La selva de *Bialowicza* es la sola guarida que el bisonte tiene en Europa; y subsiste merced á órdenes rigurosas que impiden su caza.

El Emperador de Rusia castiga con severísimas penas al cazador furtivo de un bisonte; y para cazarlo es menester proveerse de un permiso especial, muy difícil de obtener.

Siglos atrás el bisonte abundaba en casi toda Europa y en gran parte del Asia occidental. En tiempo de los griegos se hallaban bisontes en la Peonia, esto es, la Bulgaria; en toda la Europa central, y en el mismo sud de Suecia. En los *Niebelungen*, reflejo de otros tiem-